

A propósito de nuestro aniversario

Los que salvan el mundo

Había una vez un mosquito. Su nombre era Namouss. Y por su sensibilidad, era conocido como Namouss el Perceptivo. Namouss, después de reflexionar sobre su situación, y por buenas y suficientes razones, decidió cambiar de casa. El sitio que eligió como el más adecuado, fue la caja de cierto elefante.

Sólo restaba hacer la mudanza. Muy pronto, Namouss se hallaba en el amplio y muy atractivo aposento. Pasó algún tiempo. El Mosquito crió varias familias de jóvenes mosquitos y los lanzó al mundo. Con el correr de los años, conoció momentos de tensión y relajamiento, los sentimientos de alegría y tristeza, de búsquedas y realizaciones, sentimientos propios de los mosquitos, sea cual fuere el lugar en donde se les encuentre.

La oreja del elefante era su hogar. Y, como siempre ocurre, él sentía (y este sentimiento persistió hasta voivarse del todo permanente) que había una conexión íntima entre su vida, su historia, todo su ser, y aquel sitio. La oreja era tan cálida, tan acogedora, tan amplia; la escena de tantas experiencias.

Nomuss, naturalmente, no se había mudado a esa casa sin las debidas ceremonia y consideración de las formalidades apropiadas a la situación. En el primer día, justo antes de mudarse, había gritado con toda la fuerza de que disponía su débil voz: «¡Oh Elefante !» –gritó– «Debes saber que ningún otro sino yo, Namouss el Mosquito, conocido como Namouss el Perceptivo, se propone hacer de este sitio su morada. Como la oreja es tuya, te estoy dando la debida notificación de mi intención.»

El elefante no hizo objeción alguna.

Pero Namouss no sabía que el elefante ni siquiera lo había oído. El anfitrión tampoco sintió la entrada (ni aún la presencia y ausencia) del mosquito y de sus numerosas familias. Para no insistir más sobre la cuestión: no tenía idea de que los mosquitos estaban allí.

Y cuando llegó el momento en que Namouss el Perceptivo, por razones que para él

eran imperiosas e importantes, decidió que debía cambiar de casa otra vez, reflexionó que debía hacerlo de acuerdo con costumbres establecidas y sacrosantas. Preparóse para declarar formalmente que abandonaba la Oreja del Elefante.

De manera que, con la decisión definitiva e irrevocablemente tomada, y sus palabras suficientemente ensayadas, Namouss volvió a gritar en la oreja del elefante. Grito una vez, y no hubo respuesta. Gritó otra vez, y el elefante siguió en silencio. La tercera vez, reuniendo toda la fuerza de su voz en su determinación de hacer oír sus palabras urgentes y elocuentes exclamó: «¡Oh Elefante!, debes saber que yo, Namouss el Mosquito Perceptivo, me propongo dejar mi casa y mi hogar y abandonar mi residencia en esta tu oreja, en donde he morado durante tanto tiempo. Y esto por una razón suficiente y significativa, que estoy dispuesto a explicarte.»

Ahora, por fin, las palabras del Mosquito fueron escuchadas por el elefante. Mientras el elefante consideraba las palabras de Namouss, éste gritó: «¿Qué tienes que decirme en respuesta a mis noticias? ¿Cuál es tu parecer respecto de mi partida?»

El elefante levantó su gran cabeza y movió un poco su trompa. Y este movimiento tenía el siguiente significado: «Vete en paz, pues en verdad, tu partida tiene para mí tanto interés y significado como lo tuvo tu llegada.»

Los derviches (que son algo así como los frailes musulmanes) dicen que con este cuento lo que se quiere resaltar es la carencia de criterio general para juzgar la importancia relativa de las cosas en la vida. El ser humano considera insignificantes las cosas importantes y vitales las que son triviales.

Y qué mejor momento que éste del aniversario de nuestra **Facultad** para que todos a una nos preguntemos ¿cuáles son las cosas importantes en la vida?, cuáles son las fundamentales? ¿Cómo descubrir las irrelevantes, aquellas de menor importancia? Pensar, por ejemplo, ¿qué es lo trascendental de la comunicación? ¿cuáles son las cosas triviales del periodismo —cada vez más cuestionado—? ¿Cuándo una información periodística es vital? ¿Qué importancia tiene —en un mundo cada vez más atomizado en medio de la globalización— convertirse en un profesional? En fin, preguntas mil. Sólo que en **Filo de Palabra** no tenemos las respuestas. Creemos, más bien, que descubrir las cosas importantes y las que no lo son, nos corresponde decidirlo a todos, bueno . . . , no a todos, a cada uno de nosotros.

Cada uno se va labrando su propio destino: « . . . *caminante se hace camino al*

andar...» Cada uno se va trazando su viaje, y para hacerlo, cada uno deberá saber qué poner dentro de su equipaje. Lo que sí sabemos es que el camino es ancho, largo, pedregoso, difícil y ajeno. A veces, ni siquiera se ve el horizonte (¿Cuál es realmente el horizonte de un programa de Comunicación cuyo objeto de estudio —que se alimenta de una variopinta de disciplinas: Filosofía, Política, Sociología, Economía, Geografía, Historia, etc.—, es más bien difuso?). No obstante, por ello mismo, el viaje se vuelve fascinante, emocionante, interesante, esperanzador. Y siempre cada uno llega al final. Nadie nunca deja de llegar al final. Y es ese final, también lleno de incertidumbres, el motor que nos mueve y nos llena la vida. El motor móvil de nuestra **Facultad** es justamente ese final. La vida es todo eso, y seguramente mucho más. No hay una vida vacía, no hay una vida sin sentido. No tenemos una **Facultad** vacía. No tenemos una **Facultad** sin sentido. El sólo hecho de existir conlleva un sentido muy grande, casi que indescriptible, incontable. La vida no se puede definir. Nuestra **Facultad** no se puede definir. La comunicación es indefinible.

Por eso, **Filo de Palabra** no puede responder las preguntas que hicimos líneas atrás; las mismas que muchos se habrán hecho varias veces. Cada uno decidirá qué es lo importante y qué es lo trivial. Desde esta revista confiamos en que no nos sigamos equivocando, es decir, en que no continuemos trivializando las cosas importantes, ni que tampoco les demos relevancia a las cosas banales.

Acabamos de escribir la palabra *confianza*. Y déjenos decirles lo que pensamos al respecto. La *confianza* es el valor de la vida con el que tenemos que aprender a vivir en la actualidad. Es, quizás, el valor más urgente que tenemos que reivindicar. Sólo que empecemos por confiar en nosotros mismos, y en los otros, que no son más que la prolongación de nuestra propia existencia:

Yo confío en que soy capaz de no engañar.

Yo confío en que tú no me mentirás.

Yo confío en el que él y ella me respetarán.

Yo confío en que nosotros y nosotras seremos tolerantes.

Yo confío en que vosotras y vosotros no me mataréis.

Yo confío en que ellos y ellas no me abandonarán.

En fin... sagrado corazón del hombre, en vos confío.

Finalmente, permítannos que les «obliguemos» a dirigir su atención a otra parte. Lean este poema de *Jorge Luis Borges* titulado *Los justos*. Lo elegimos pensando en todos ustedes: directivos de nuestra *Universidad*, decano y profesores de nuestra **Facultad**, pero con especial y sincero cariño, lo escogimos pensando en los *estudiantes*, quizás las personas más valiosas de **Comunicación**.

Los justos

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la Tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.

El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar el mal que le han hecho.

El que agradece que en la Tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan la razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Jorge Luis Borges

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Luis', with a long, sweeping horizontal stroke underneath.